

Comentario al evangelio del martes, 8 de febrero de 2011

Queridos hermanos:

En el “Catecismo de la Iglesia Católica” promulgado por Juan Pablo II en 1992 se nos hace una seria advertencia en relación con la creación: *“el uso de los recursos minerales, vegetales y animales del universo no puede ser separado del respeto a las exigencias morales. El dominio concedido por el creador al hombre sobre los seres inanimados y los seres vivos no es absoluto: está regulado por el cuidado de la calidad de la vida del prójimo incluyendo la de las generaciones venideras; exige un respeto religioso de la integridad de la creación”* (nº 2415).

La vieja Europa vivió una ilustración y posteriormente todo un proceso de secularización: sólo Dios es Dios; no hay lugar para el fetichismo; el hombre es el dueño del universo; el progreso depende de nosotros y no de milagros del creador. Pero este señorío no puede ser arbitrario o incontrolado, pues el cuidado o descuido de la creación afecta a la calidad de la vida humana.

No hay que aceptar ditirambos demagógicos sobre el riesgo de inminente desaparición de la especie humana por estar ya rozando el límite de sus recursos; el planeta tierra, bien administrado, permite que el actual número de habitantes se multiplique notablemente. Pero de hecho **la alarma ha sonado ya: escasea el agua, se deforesta el trópico, se destruye la capa de ozono, se desertizan anualmente miles de hectáreas de terreno cultivable**. Y todo ello **no es un asunto indiferente** a la ética ni a la conciencia cristiana, pues afecta directamente a la dignidad de la vida humana, de la generación actual y de la futura.

El Jesús que se nos presenta en el evangelio está también preocupado por la dignidad del hombre, en este caso vinculada a su autenticidad y a su libertad. **Es cierto que necesitamos símbolos y ritos, pero estos pierden su validez cuando se tornan vacíos, cuando se desvinculan de la razón de ser que les dio origen**; entonces se vuelven una carga, y, lo que es peor, pueden ser causa de un engaño religioso, porque se quedan en apariencia y nada tienen que ver con los sentimientos del corazón. Nunca se debe divinizar lo meramente humano, concediendo por ejemplo valor religioso a lo que surgió como mera exigencia higiénica. **El ser humano se deteriora cuando vive de apariencias; y, en el campo religioso, cuando se conforma con unos ritos externos**.

La Palabra nos hace hoy una apremiante invitación a tener una mirada profunda, que traspase el espesor de las cosas para percibir el sentido de las mismas. Hemos de respetar y amar la creación, viendo en ella el regalo que Dios nos ha hecho como signo del amor que nos tiene, y percibiéndola al

mismo tiempo como tarea: cultivar con cariño este jardín de edén. **Y debemos examinar nuestras prácticas humanas y cristianas por ver si conservan el significado con que nacieron y siguen siendo signo de la riqueza de nuestro corazón y no un narcótico adormecedor.**

Vuestro hermano
Severiano Blanco cmf

Severiano Blanco cmf

Publicado en Ciudad Redonda
www.ciudadredonda.org